



# CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro  
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

[www.creced.ch](http://www.creced.ch)

enero/febrero 2022

## Índice n° 1/2022

2	Los milagros del Señor Jesús	<i>W.W. Fereday</i>
5	Bernabé	<i>Ph. Laügi</i>
9	Varón de dolores	<i>A. Remmers</i>
13	Esteban ve a Jesús en el cielo	<i>M. Billeter</i>
15	Un hombre de Dios en nuestro tiempo	<i>A.E. Bouter</i>

La revista CRECED tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

# Los milagros del Señor Jesús

---

## Prefacio

Estamos viviendo en una época de escepticismo. Los hombres dicen que no creen más en los milagros. Esto no se dice en el paganismo sino en la cristiandad, en la cual la luz del Evangelio ha brillado. Solo queda un paso más por dar en esta incredulidad para llegar al repudio de Dios mismo. Este paso se dará en breve. El hombre se deificará a sí mismo en el hijo de perdición, el anticristo de la Escritura (2 Tesalonicenses 2:3-4). Cuando esto ocurra, no se hallará más ningún lugar para Dios y su Hijo. Destacablemente, cuando este estado de cosas llegue, los hombres volverán a creer en los milagros. “Señales y prodigios mentirosos” (v. 9) aparecerán, éstos serán acreditados y creídos. El enemigo producirá sus maravillas como también Cristo lo hizo. Esto fue observado en días de Moisés, y nuevamente se verá en el día del anticristo.

La infidelidad religiosa puede criticar y censurar los milagros de nuestro Señor, pero estos milagros fueron realizados a pesar de ello. Al menos tres de los evangelios fueron publicados después de unos pocos años de la ascensión del Señor, cuando falsedades podían

fácilmente haber sido desaprobadas. Aun según los principios más humanos, eso sería suficiente para establecer su credibilidad. Pero cuando tomamos en cuenta el grande hecho (que cada alma reverente cree) que el Espíritu de Dios es el autor de los evangelios, toda crítica queda descartada.

¿Pero por qué fueron realizados los milagros? El mismo Salvador nos dice: “Las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado” (Juan 5:36; 10:25). Éstos fueron concedidos en gracia como ayuda a la fe en Su Persona y misión. De allí la reprimenda a Felipe, “Creedme por las mismas obras” (14:11). Y también las palabras del Salvador en el capítulo 15:24: “Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre”. Porque los milagros eran auxilios para la fe; eran, con la sola excepción de la maldición de la higuera estéril, actos de misericordia que debiesen haber tocado las sensibilidades de todos los interesados, y que mostraban el corazón divino hacia el hombre.

Sería imprudente exagerar el valor de los milagros, como despreciarlos. Las **ayudas a la fe** no deben ser confundidas con el **fundamento de fe**. La fe fundada en los milagros tiene tan poco valor, que el Salvador, cuando estuvo rodeado

por tales personas que solo buscaban ver milagros, no se fiaba de ellas (Juan 2:23-25). **La verdadera fe se funda en la Palabra de Dios** (Romanos 10:17). Simón el mago era atraído por los milagros, pero fue reprendido; mientras que Sergio Paulo deseaba oír la Palabra de Dios, y así vino a ser un verdadero discípulo (Hechos 8:13; 13:7, 12).

### 1. El leproso sanado

Mateo 8:1-4; Marcos 1:40-45;

Lucas 5:12-16

Aquel que cree en un Dios Todopoderoso y Supremo no tiene dificultades en acreditar los milagros del Señor, especialmente cuando estos son confirmados y relatados por la Escritura inspirada por Dios. La objeción de que los milagros son inconsistentes o contradicen las leyes naturales es además una señal de incredulidad, ya que estos no tienen nada que ver con las leyes naturales, sino que al contrario son interacciones soberanas de Dios aparte de, y sobre ellas. No se pueden concebir milagros mayores que los importantes hechos en los cuales el cristianismo descansa: la encarnación, la cruz, y la resurrección del Señor Jesús. Aquel que con fe se inclina ante éstos, necesariamente considerará todas las otras maravillas pequeñas en comparación con éstas. Aquel que no cree en los hechos de la milagrosa encarnación

de Cristo, etc., no puede ser reconocido como verdadero cristiano.

Los milagros de nuestro Señor no solamente eran obras de poder, o simples expresiones de amor y simpatía hacia aquellos que se beneficiaban de ellos; sino que también tenían el propósito de enseñar verdades espirituales.

La limpieza del leproso es registrada por todos los evangelistas excepto Juan. Mateo nos la presenta en el capítulo 8 de su evangelio. Guiado por el Espíritu de Dios, Mateo no considera la secuencia histórica o cronológica en la presentación de este milagro, más bien lo pone después del sermón del monte, aunque éste se realizó algún tiempo antes de esto. Su objeto aparentemente fue poner en gran contraste la débil fe del judío sufriente con la gran fe del centurión gentil en los versículos siguientes.

#### **La lepra es figura del pecado.**

Quienes estaban bajo su terrible poder no podían estar en la morada terrenal de Dios, como tampoco los pecadores no limpiados del pecado pueden estar en la morada celestial de Dios. El único médico para la lepra era Dios, él mismo era el que en gracia podía satisfacer las necesidades de éstos, contaminados por el pecado. En respuesta al clamor del leproso, nuestro Señor “extendió la mano y le tocó”. El contacto con el enfermo no lo manchó, sino que comunicó sanidad al

sufriente. ¡Hermoso cuadro de la gracia traída por Él desde arriba que entra en las circunstancias del hombre! Rodeado por el pecado en todas las formas, el Señor nunca fue manchado por él. La pregunta del titubeante leproso: “Si quieres, puedes limpiarme”; fue respondida enseguida por el Salvador: “Quiero; sé limpio”. No hay límite a su capacidad y disposición para sanar y bendecir; los límites están en la temblorosa fe del corazón humano.

El Señor le mandó: “Muéstrate al sacerdote y presenta la ofrenda que ordenó Moisés, para testimonio a ellos”. ¡Un sorprendente testimonio en verdad! Éste era el primer leproso israelita en ser limpiado (del cual habla al menos la Escritura) ya que las instrucciones de Levítico 13 y 14 habían sido dadas alrededor de unos 1500 años antes. La presencia de un leproso limpiado ante el altar con las dos aves en sus manos daba testimonio de que Dios había venido a la tierra, y estaba satisfaciendo las necesidades de los hombres, enteramente aparte de las ministraciones sacerdotales y las ordenanzas religiosas. Éste es un principio de gran importancia para nuestras almas hoy. La limpieza para el alma no se encuentra en los hechos humanos de alguna forma u otra, sino en la sangre del Salvador. Ésta hace a los pecados del más vil pecador más blancos que la nieve, y produce un milagro moral

más grande que la maravilla física obrada en el leproso judío.

## 2. El siervo del centurión

Mateo 8:5-13; Lucas 7:1-10

Durante el ministerio de nuestro Señor en Israel solo dos personas fueron especialmente encomendadas por Él a causa de su fe, y ambos han sido gentiles: la mujer sirofenicia, y el centurión romano. En el pueblo terrenal de Dios, el formalismo religioso estorbaba tanto el desarrollo de la fe que difícilmente se encontraba dentro de su círculo.

Era por su siervo que el centurión apelaba al Salvador, un siervo que estimaba mucho. En contraste con tantos en Israel, el soldado romano discernió a Dios en la Persona del humilde carpintero que estaba atravesando la provincia. Él enseguida le hizo su súplica y recibió la respuesta: “Yo iré y le sanaré”. Pero él le dijo al Señor que no se tomara tal molestia; sabía que no era necesario: “Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará”. Esto produjo la aprobación del Señor. Este hombre expresó su confianza en la eficacia de la palabra de Jesús, aunque estuviera personalmente ausente.

Tenemos aquí un principio que es vital para nosotros hoy en día. Cristo está en el cielo a la diestra de Dios. Pero su Palabra está con

nosotros; en las Escrituras podemos escuchar su voz en todo tiempo. Ella nos declara la eficacia de su solo sacrificio (Hebreos 10:12); proclama el perdón y la justificación de todo aquel que cree en el nombre de Jesús (Hechos 13:38-39); da a los tales la dulce seguridad de que la vida eterna es suya ya, y de que nunca podrán venir a condenación (Juan 5:24). En su Palabra descansamos; ella es todo para nosotros, aunque Él mismo no está más aquí de manera visible.

Hay sorprendentes diferencias entre los dos relatos de este milagro, tal como nos los presentan Mateo y Lucas. Éstas no se deben a algún error por parte de los escritores, sino a un propósito divino bajo la dirección del Espíritu Santo. Él indicó a cada uno las características que debían ser mencionadas, y lo que debía omitirse. De este modo Mateo, por una parte, quien escribió teniendo especialmente en vista a Israel, agregó la solemne advertencia del Señor a la nación al decirles que muchos vendrían desde lejos, y serían bendecidos con Abraham, Isaac y Jacob, mientras los hijos del reino serían echados fuera (Mateo 8:11-12). Tales palabras eran muy necesarias para un pueblo que basaba sus esperanzas en privilegios religiosos y descuidaba la fe personal.

Lucas, por otra parte, quien era un gentil y escribió a los gentiles,

omitió la advertencia a Israel. En lugar de ello introdujo lo que era instructivo para los gentiles, el hecho de que el centurión, primeramente fue a los ancianos judíos para que intercedieran por él ante el Salvador. Si la advertencia notada por Mateo debía humillar el orgullo de los judíos, la mención añadida por Lucas debía bastar para abatir la altivez de los gentiles. ¿No somos inclinados a olvidar que hemos recibido todo por medio de los judíos? Las Escrituras, el Salvador, los primeros predicadores del cristianismo, todo ha venido a nosotros de Israel. Si esto se hubiese recordado, los hijos de Abraham no hubieran sufrido siglos de opresión bajo la mano de pueblos que se dicen «cristianos».

El siervo fue sanado. Tal fe por el Señor no podía ser decepcionada. Tampoco la fe en la Palabra del Señor ausente puede fallar en recibir una plena respuesta por parte de Dios.

W.W. Fereday (Continuará)

---

## Bernabé

---

### Un hijo de consolación

Al comienzo del libro de los Hechos encontramos una imagen admirable de la Iglesia en sus primeros

días: “Perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (2:42). Había lugar para la edificación, el culto y la oración, y la vida de la Iglesia se extendió en las casas cristianas. “Sobrevino temor a toda persona” (v. 43).

### Un creyente que dio lo que tenía (Hechos 4:32-37)

En el capítulo 4, encontramos una nueva descripción magnífica de esta Iglesia en la frescura de su primer amor. Eran “de un corazón y un alma”; la manifestación práctica de su unidad dio un notable testimonio al mundo exterior: “Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía”. El hombre es naturalmente egoísta y busca sus propios intereses. Pero aquí los miembros del cuerpo de Cristo se preocupaban los unos por los otros. “Abundante gracia era sobre todos ellos” (v. 32-33).

En esa atmósfera oímos hablar por primera vez de **Bernabé**, uno de los colaboradores del apóstol Pablo. Más tarde, lo acompañará en su primer y tan difícil viaje misionero. Era un israelita, levita, natural de Chipre. Su nombre original era José, pero los primeros cristianos, testigos de su crecimiento espiritual, le apodaron Bernabé, es decir, “hijo de consolación”.

Bernabé, teniendo una heredad, la vendió y trajo el precio a los pies

de los apóstoles (v. 37). Su corazón estaba lleno de amor por Cristo y su pueblo. Estaba dispuesto a separarse de este bien para que se pudiera ayudar a los necesitados. Quizás también quería ser completamente libre para servir al Señor: dinero y tiempo, quería dedicarle todo. Así es como fue un instrumento bendecido en la obra de Dios. Si tenemos bienes terrenales, no olvidemos que solo somos administradores. Estos bienes no nos pertenecen, el Señor nos los confía (véase Lucas 16:1-13). Seamos “davidosos, generosos” y trabajemos, haciendo con nuestras manos lo que es bueno, para poder dar a los que padecen necesidad (1 Timoteo 6:17-19; Efesios 4:28).

### El servicio de un pastor (Hechos 9:26-28)

La iglesia en Jerusalén estaba pasando por grandes dificultades. El testimonio de Esteban ante el concilio fue rechazado, y este testigo fiel fue apedreado. Hubo una gran persecución contra la iglesia en Jerusalén. Todos los discípulos, excepto los apóstoles, fueron esparcidos por Judea y Samaria.

Saulo de Tarso, el perseguidor más implacable de los cristianos, fue detenido por el Señor Jesús mismo, quien se le reveló desde el cielo. Transformado, vino a ser el apóstol Pablo, quien recibió un ministerio extraordinario en el Evangelio y en

la revelación de los pensamientos de Dios.

Después de su conversión, Saulo llegó a Jerusalén y “trataba de juntarse con los discípulos”, pero ¡qué decepción para este nuevo converso! “Todos le tenían miedo, no creyendo que fuese discípulo” (v. 26). Recordaban su comportamiento antes de su conversión y no tenían conocimiento de los eventos que habían sucedido entre tanto. Entonces Bernabé actuó hacia él como un verdadero pastor. Lleno de solicitud fraterna tomó a Saulo para llevarlo a los apóstoles. Y les contó cómo, en el camino a Damasco, Saulo había visto al Señor que se le reveló, y cómo había hablado valerosamente en el nombre de Jesús (v. 27-28). Así, a través de Bernabé, Saulo encontró su lugar entre los hermanos en Jerusalén.

### **Ministerio cuidadoso y perseverante** (Hechos 11:19-26)

Dios encargó al apóstol Pedro la responsabilidad de abrir las puertas del reino de los cielos a los gentiles durante su visita a Cornelio, el centurión romano (Hechos 10). En adelante, el Evangelio se predicó a los hombres de toda nación: el que cree en el Señor Jesús recibe el perdón de sus pecados.

Después de la lapidación de Esteban, los que habían sido esparcidos a causa de la persecución

fueron a varios lugares, predicando la Palabra de Dios. Sin embargo, todavía imbuidos de prejuicios judíos, la mayoría de ellos predicó el Evangelio solo a los judíos (11:19). El Evangelio llegó a la ciudad de Antioquía. Afortunadamente, unos de estos mensajeros, varones de Chipre y de Cirene, impulsados por el amor al Señor y por las almas, también hablaron a los griegos. Y la mano del Señor estaba con ellos en bendición, de modo que muchos se convirtieron al Señor (v. 21). Así se formó la primera iglesia de gentiles mencionada en la Palabra de Dios.

Llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén, y enviaron a Bernabé para que fuese hasta Antioquía. La iglesia en Jerusalén probablemente ya no era tan numerosa como en el pasado, pero los corazones estaban abiertos, dispuestos a buscar el bien espiritual de otros hermanos, incluso lejos, en una tierra extranjera.

Bernabé estaba listo para partir. Disfrutaba de la confianza de los hermanos que creían que él era el instrumento apropiado para este servicio. Los nuevos conversos necesitaban cuidados especiales, adaptados a su edad espiritual, junto con la sana doctrina (Tito 2:1, 7). Bernabé era “varón bueno” pensando con bondad en los demás; tuvo una buena influencia a su alrededor. Ciertamente había recibido un don de gracia (1 Pedro 4:10) que lo

calificó para servir entre los que todavía eran niños en Cristo.

Este siervo estaba “lleno del Espíritu Santo”. No solo el Espíritu Santo moraba en él, como en cada creyente, sino que en este hombre piadoso, que temía a Dios, no se vio obstaculizado en su actividad por movimientos carnales o pensamientos mundanos. Bajo tales condiciones, el Espíritu Santo manifestó plenamente su fruto suave: “Amor... benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22-23). A través de él, el grato olor de Cristo podía manifestarse.

Bernabé también “era varón... lleno... de fe”. Quienes llevan este carácter caminan con confianza ante el “Invisible”, confían en sus promesas y lo obedecen. Los ojos de su entendimiento se alumbran con la contemplación de “la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:10).

Cuando llegó a Antioquía, Bernabé “vio la gracia de Dios” y se regocijó. “Y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor”. Dios bendijo su servicio, de modo que “una gran multitud fue agregada al Señor” (Hechos 11:23-24). Este ferviente creyente no guió a los hombres tras de sí mismo, sino que los dirigió y unió a Jesucristo.

Al ver el trabajo extenderse y notando la necesidad de que los creyentes fueran enseñados en la

sana doctrina, Bernabé se acordó de un instrumento que el Señor había preparado de una manera muy particular. Fue a Tarso a buscar a Saulo, y hallándole, lo trajo a Antioquía (v. 25). Consciente de sus propios límites, Bernabé estaba listo para hacerse a un lado. Dios ya lo había usado mucho en Antioquía, pero era suficientemente humilde para darse cuenta de que no tenía la competencia de responder solo a las variadas necesidades de esta iglesia en pleno crecimiento espiritual. Discernía y entendía que Saulo había recibido del Señor dones que él no tenía, para establecer firmemente la iglesia en la verdad.

La idea de que Saulo podría eclipsarle no atravesó la mente de Bernabé. Juntos, trabajaron todo un año en Antioquía. “Se congregaron allí... con la iglesia, y enseñaron a mucha gente” (v. 26). Además, entre otras felices consecuencias, el testimonio dado por esta iglesia fue tal que a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez.

“En aquellos días” un profeta, Agabo, daba a entender por el Espíritu que vendría una gran hambre “en toda la tierra habitada” (v. 27-28). Espontáneamente, en lugar de pensar en sí mismos, los discípulos de Antioquía, cada uno conforme a lo que tenía, determinaron enviar socorro a los hermanos de Judea para superar esta prueba. Los creyentes de las naciones tenían así



la oportunidad y la alegría de mostrar amor para con sus hermanos de origen judío. Todo esto suponía el olvido de uno mismo, la ausencia de egoísmo que a menudo es tan activo en nuestros corazones. Bernabé y Saulo fueron responsables de llevar este socorro a Jerusalén; luego, cumplido su servicio, volvieron a Antioquía, llevando también consigo a Juan, al que tenía por sobrenombre Marcos (Hechos 11:30; 12:25).

Ph. Laügt (Continuará)

## Varón de dolores

---

### Sufrimientos a causa del pecado y sus consecuencias

El Señor Jesús es el que Isaías anuncia en el capítulo 53: “Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores” (v. 3-4). Aquí, no se trata principalmente de sus sufrimientos en la cruz, sino de los que soportó durante su ministerio como siervo de Dios. Él era el Enviado de Dios para

Israel y sufrió por el rechazo y la enemistad de ese pueblo. Pero también sufrió, siendo él mismo santo y sin pecado, ante la vista del pecado y todas sus consecuencias. Muchas veces suspiró y lloró en presencia de la enfermedad y la muerte.

En Marcos 1, un leproso vino a Jesús, e hincada la rodilla, le dijo: “Si quieres, puedes limpiarme” (v. 40). Jesús no solo mostró su poder sanador, sino que tuvo “**miseri-cordia**” (v. 41). Dos veces más en este evangelio lo vemos teniendo “compasión”: en presencia de una multitud “como ovejas que no tenían pastor” (6:34), y antes de alimentar a cuatro mil personas (8:2). En total, la frase “tuvo compasión de ellos” aparece siete veces en el Nuevo Testamento para describir los sentimientos de su corazón (Mateo 9:36; 14:14; 15:32; 20:34; Marcos 6:34; 8:2; Lucas 7:13). También podemos añadir el relato del samaritano en la parábola de Lucas 10 (V.M.). Esta expresión designa la más profunda simpatía; la palabra **compasión**, en su primer sentido, indica el hecho de compartir los males de los demás. Esta compasión se produjo en Jesús al ver lo que había causado el pecado en los hombres entre los que vivía. No ejerció su divino y benéfico poder con indiferencia, sino sintiendo profundamente la miseria y la angustia de los hombres.

En Marcos 7, lo vemos curando a un sordomudo: “Y levantando

los ojos al cielo, gimió, y le dijo: Efata, es decir: Sé abierto” (v. 34). El Siervo de Dios, siempre dependiente, miró al cielo y, ante el poder del pecado y sus consecuencias, gimió. Como Creador todopoderoso efectuó la curación, pero en primer lugar participó personalmente en el sufrimiento que se presentaba por delante de él. Con perfecta compasión, se hizo cargo de los sufrimientos y dolores de su pueblo.

Frente al sepulcro de Lázaro, a quien llamaba “nuestro amigo”, “Jesús... se estremeció en espíritu y se conmovió” (Juan 11:33-38). Y “Jesús lloró” (v. 35). Ponerse directamente frente a la muerte, “la paga del pecado” (Romanos 6:23), no lo dejaba indiferente. Esto le conmovió profundamente, aunque un momento después pasó a demostrar que era el vencedor del pecado y de la muerte.

En la gloria eterna, “ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor”, porque estas son las consecuencias del pecado. E incluso Dios enjugará toda lágrima de los ojos de los suyos (Apocalipsis 21:4). Todo vestigio de nuestros dolores desaparecerá.

En Hebreos 6 se habla de “los poderes del siglo venidero” (v. 5), es decir, del Milenio. Estas palabras nos llevan a concluir que ya en el Milenio no habrá más enfermedades, al menos en lo que respecta al pueblo de Israel. En el Salmo 103, se dice: “Él es quien perdona todas

tus iniquidades, él que sana todas tus dolencias” (v. 3). Y este salmo, que habla de la alabanza a Dios, se encuentra en el libro cuarto de los salmos (Salmos 90 al 106), cuyo tema es el reino de Dios durante el Milenio. Mateo 8:16-17 nos dice que el Señor echó fuera a los demonios de los endemoniados y sanó a todos los enfermos, “para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías”, y cita Isaías 53:4. El Señor Jesús sufrió en ese momento las enfermedades y los dolores de los que constituían su pueblo. Esto no sucedió durante su obra en la cruz, sino durante su ministerio. Los discípulos del Señor también realizaron milagros similares en los primeros días de la Iglesia y se denominan “los poderes del siglo venidero” en Hebreos 6:5. En el Milenio tales milagros encontrarán su máximo desarrollo, para bendición de los hombres y para la gloria de Dios.

Aunque él mismo estaba absolutamente libre del pecado y sus consecuencias, el Señor Jesús entró en estas cosas de una manera perfecta. Por lo tanto, fue el “varón de dolores” no solo en la cruz, sino también durante todo su ministerio en la tierra. Mientras operó las curaciones y resurrecciones, hizo suyas las enfermedades y los dolores de los hombres. Al realizar los milagros, experimentó y llevó en su espíritu toda la aflicción producida por el pecado. Sus milagros no solo fueron pruebas

de su poder, sino también del amor y la misericordia de Dios. Las enfermedades y los dolores que asumió durante su ministerio eran tanto sufrimientos físicos como morales. Pero no se debe deducir de estas palabras que el Señor Jesús cargó con las enfermedades de todos los creyentes y que, por lo tanto, ya no tenemos que sufrirlas.

### Seguir sus pisadas

Los sufrimientos que nuestro Señor recibió de parte de los hombres a causa de su santo andar, rebosante de amor, fueron sufrimientos **para la justicia**. Como discípulos de Jesús, podemos y debemos compartir estos sufrimientos, aunque nuestra fe y nuestra fuerza a menudo sean muy débiles. Por lo general, conocemos estos padecimientos porque profesamos pertenecer a él. El Señor advirtió a sus discípulos que el mundo, que le había odiado y perseguido, los trataría igual (Juan 15:18-25). Ya en el Sermón del monte, llamó bienaventurados a los que padecen persecución por causa de la justicia y les prometió el reino de los cielos. A sus discípulos que serían vituperados, perseguidos y calumniados por su causa, les dijo: “Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros” (Mateo 5:10-12).

Debemos considerar un privilegio poder participar en los sufrimientos de Cristo, aunque sea de una manera muy imperfecta. ¡Pero qué débiles somos a este respecto! La historia de Pedro lo revela claramente. Este discípulo le había dicho a Jesús que estaba dispuesto a ir con él a la cárcel y a la muerte, pero pocas horas después lo negó (Lucas 22:33, 61). Sin embargo, después de la ascensión del Señor y la venida del Espíritu Santo, el miedo lo abandonó por completo. Valientemente dio testimonio de su Señor. Y en su primera epístola, exhorta a los creyentes a aceptar padecer haciendo el bien. Cristo también nos dejó un modelo en este sentido. “Más si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios, pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 Pedro 2:20-23).

En los primeros días de la Iglesia, los apóstoles en Jerusalén tenían que comparecer ante los principales sacerdotes y los jefes del pueblo, porque anunciaban a Jesús. Después de ser golpeados y luego liberados,

salieron de la presencia del concilio “gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre” (Hechos 5:41; compárese con 9:16). En su primer viaje misionero, Pablo y Bernabé exhortaron a los creyentes de Asia Menor a “que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (14:22). Pablo escribió a su querido colaborador Timoteo: “También todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Timoteo 3:12).

Deberíamos tomarnos estas palabras en serio. ¿Por qué sabemos tan poco sobre la persecución? Muchos de nosotros vivimos en países donde la libertad religiosa está protegida por la ley. ¿Pero no estamos expuestos al peligro de adaptarnos a las personas cercanas para evitar al máximo las burlas y el desprecio? Se insta a los hebreos a considerar a Aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que su ánimo no se canse hasta desmayar (Hebreos 12:3).

De hecho, hay una diferencia entre sufrimientos **por la justicia** y sufrimientos **a causa de Cristo**. Los primeros son nuestra parte si seguimos los principios de la Palabra de Dios. No son característicos de la época cristiana únicamente. José en Egipto enfrentó tal sufrimiento, al igual que Jeremías, encarcelado por su lealtad.

Sufrir por amor a Cristo es nuestra parte si confesamos fielmente el nombre del Señor Jesús o lo defendemos en situaciones difíciles. El mismo Señor ya distingue estos dos ejemplos de sufrimientos (Mateo 5:10-11). Pedro también diferencia entre los sufrimientos que uno padece “haciendo lo bueno” y los que son “por el nombre de Cristo” (1 Pedro 2:20; 3:17; 4:13-14). Un día, Dios responderá con juicio a todos estos padecimientos sufridos por los suyos (2 Tesalonicenses 1:5-6), y otorgará gloria y gozo a quienes los hayan soportado (Romanos 8:17; 1 Pedro 4:13).

## El ejemplo de Pablo

Ciertamente hay muy pocos creyentes que en su vida sufrieron tanto para Cristo como el apóstol Pablo. Ya en el momento de su conversión (cuando se llamaba Saulo), el Señor le dijo a Ananías: “Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre” (Hechos 9:15-16). Por sus dones naturales, por su preparación y su posición, Saulo podría haber tenido una vida tranquila en sus años de juventud como un apreciado doctor de la ley. Pero este “instrumento escogido” del Señor estimaba todas las cosas que el hombre considera y busca,

no como ganancia, sino como pérdida. Incluso tenía todo por “basura” por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, su Señor. Por amor a Él, había perdido todas estas cosas. Su meta era: “a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos”, aunque significara el martirio para él, lo que al final sucedió (Filipenses 3:7-11). Escribiendo a los creyentes en Filipos les dijo: “A vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padeczáis por él, teniendo el mismo conflicto que habéis visto en mí, y ahora oís que hay en mí” (1:29-30).

A los colosenses Pablo les escribió que se gozaba en lo que padeció por ellos: “Cumpro en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia” (Colosenses 1:24). Cuando redactó su epístola, estaba en una cárcel en Roma. Leemos la razón de su cautividad en Hechos 22. En Jerusalén, frente a una multitud de judíos, Pablo contó cómo el glorificado Señor Jesús lo había llamado para ser su siervo. Cuando les declaró que el Señor le dijo que los judíos de Jerusalén no recibirían su testimonio y que lo enviaría lejos a los gentiles, surgió un terrible tumulto, que finalmente llevó a Pablo a su primera cautividad. Pero en lugar de entristecerse por ello, el apóstol se gozaba en lo que padecía

por los creyentes de las naciones, de las cuales los colosenses formaban parte. En cierto modo, estaba sufriendo por ellos.

En estos sufrimientos cumplió en su carne las aflicciones por la Iglesia que el Señor Jesús ya había padecido. Las aflicciones de Cristo que aún faltaban por su cuerpo, que es la Iglesia, no eran sus sufrimientos expiatorios. Él se encargó de todos estos por su cuenta y no hay nada que añadir. En este pasaje de la epístola a los Colosenses, se trata de las aflicciones relacionadas con la proclamación de la verdad sobre la Iglesia. El Señor sufrió por la Iglesia misma, y Pablo sufrió a causa de la revelación y la predicación de la doctrina concerniente a ella. Nosotros también, hasta cierto punto, podemos experimentar aflicciones por la Iglesia si nos aferramos firmemente a la verdad que se nos revela. No retrocedamos ante este sufrimiento.

A. Remmers

## Esteban ve a Jesús en el cielo

Hechos 7:51-60

*“Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio*

*la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios.”*

El Señor Jesús predijo esta maravillosa realidad en su conversación con Natanael (Juan 1:51). Después de su muerte en la cruz del Gólgota, el velo del templo se rasgó en dos por una mano invisible, divina. Desde ese momento el cielo está abierto para los redimidos. Por la fe miran a lo alto y ven a Jesús, coronado de gloria y de honra (Hebreos 2:9).

Esteban es elegido por el Señor para manifestar de una manera llamativa la oposición continua del pueblo de Israel a Dios y a los profetas. Califica a los jefes religiosos de entregadores y matadores del Justo. Testifica delante del concilio que este Justo es el Hijo del Hombre y que está glorificado a la diestra de Dios. Por dar ese testimonio, Esteban es apedreado. Acusado ante ese mismo concilio, el Señor Jesús había declarado que era el Hijo del Hombre y que pronto estaría sentado a la diestra del poder de Dios (Mateo 26:64). Por haber dado ese testimonio, Jesús fue crucificado.

“El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán” (Juan 15:20). Esteban es el primer mártir cristiano. Innumerables testigos fieles lo siguieron y dejaron sus vidas por haber confesado al Señor Jesús. Fueron muertos a filo

de espada, echados a las fieras, empujados abajo desde altas rocas o quemados en hogueras. La palabra del Señor se cumplió muchas veces.

Por haber dado muerte al Señor y por el rechazo de los discursos de Pedro, los jefes religiosos que escuchan a Esteban ya no pueden desviarse de su camino sin perder el control. Sus corazones, tan endurecidos por la desobediencia a la Palabra de Dios, ya no quieren volver hacia atrás. Son capaces de seguir la argumentación de Esteban pero no están listos a vivir un arrepentimiento según Dios. Convencidos por la verdad y tocados en su conciencia no pueden responder a las palabras de Esteban; solo pueden crujiar los dientes contra él. Sus planes asesinos son puestos a luz de manera salvaje y lúgubre.

A pesar de la oposición de esos hombres al Espíritu de Dios, Esteban, lleno del Espíritu Santo, termina su testimonio teniendo puestos los ojos en el cielo. En ese momento ve, con sus propios ojos, la gloria de Dios en el cielo. Es la gloria de la gracia de Dios que los ángeles aclamaron con gritos de alegría cuando nació el Señor. Además, Esteban ve al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios. Elevado por encima de las circunstancias terrenales y teniendo la gloria celestial delante de los ojos, Esteban es el testigo de la gracia ofrecida una vez más al conjunto del pueblo de Israel: “He aquí,

## Un hombre de Dios en nuestro tiempo

---

veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está de pie a la diestra de Dios” (Hechos 7:56 V.M.). La validez de esta oferta de gracia les es asegurada por el hecho que el Señor está de pie a la derecha Dios. Está dispuesto a manifestar inmediatamente la gracia a su pueblo.

Sin embargo se tapan los oídos y arremeten a una contra ese testigo. Como lo hicieron unas semanas antes con su Señor, echan a Esteban fuera de la ciudad. Allí lo apedrean. Bajo la lluvia de piedras que lo alcanza, él invoca y dice: “Señor Jesús, recibe mi espíritu”. Y puesto de rodillas sigue orando: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado”. ¡Cuán de cerca sigue a su Maestro pronunciando estas dos oraciones! El cielo está siempre abierto para los creyentes en el tiempo de la gracia. Con los ojos del corazón ven a Jesús coronado de gloria y de honra. A través del cielo abierto la gracia y la misericordia de nuestro gran Sumo Sacerdote nos alcanzan en nuestras debilidades y situaciones difíciles. Como santos sacerdotes entramos por el cielo abierto a la presencia de Dios para ofrecer sacrificio de alabanza y acciones de gracias. De igual manera, nos acercamos al trono de la gracia para presentar nuestras peticiones y para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro (Hebreos 4:16).

M. Billeter

Para comprender bien que es un “hombre de Dios”, debemos estudiar las epístolas de Pablo a Timoteo, en las cuales encontramos dos veces esta expresión (1 Timoteo 6:11; 2 Timoteo 3:17). El único otro texto en el Nuevo Testamento donde encontramos la misma expresión, pero en plural, es en 2 Pedro 1:21, para designar a los hombres que escribieron el Antiguo Testamento. Nos limitaremos aquí a algunas características de un “hombre de Dios”, tal como son presentadas en el primer texto citado. Pablo escribe a Timoteo:

*“Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre”* (1 Timoteo 6:11).

### Un pedido muy personal

La manera en que Pablo se dirige a Timoteo: “Oh hombre de Dios”, corresponde a un pedido urgente y personal: urgente, a causa de la necesidad del momento; y personal, a causa de la responsabilidad individual hacia esa necesidad. La palabra griega empleada para “hombre” en este texto es sin distinción de género. La calificación de hombre de Dios se aplica tanto a hombres como a mujeres apegados al Señor Jesús, y que

aman la gran verdad concerniente a la casa de Dios (3:15). Esta verdad es presentada y desarrollada de una manera muy práctica en esta epístola.

## Cristo nuestro Ejemplo

Nuestro Señor Jesucristo fue el auténtico **hombre de Dios** sobre la tierra, como lo es ahora en el cielo. A pesar de las debilidades de los que lo rodeaban, nuestro Señor hizo siempre lo que le agradaba a Dios. Había venido para hacer la voluntad de Dios (Hebreos 10:9) y acabó la obra que el Padre le había dado que hiciese (Juan 17:4). A pesar de la oposición, la incompreensión, el desprecio, el rechazo, la burla y las blasfemias, perseveró en su fiel testimonio, afirmando los derechos de Dios en la tierra.

## Un tiempo de testimonio y de sufrimientos

Pablo pone delante de Timoteo al Señor Jesús, al Hombre ungido de Dios, que dio testimonio de la buena profesión delante del mundo (1 Timoteo 6:13). En sus palabras, en sus hechos y en su andar, como testigo perfecto y varón de dolores, exaltó los derechos de Dios, esperando el día en que esos derechos serán establecidos y manifestados en el mundo venidero. Luego de ser glorificado en el cielo envió el Espíritu Santo a los creyentes para que éstos sean

un testimonio para Dios durante el tiempo del rechazo y de la ausencia de su Señor (Juan 7:39). Cristo debe ser reconocido en los cristianos, y juntos deben ser un testimonio colectivo de Cristo, el Hombre ungido de Dios (1 Corintios 1:6), con el cual Dios mismo se identifica (2:1). Aún en tiempos de ruina, y sobre todo en tales tiempos, cada cristiano debe ser un hombre de Dios (véase Filipenses 2:21; 3:18; 2 Timoteo 1:15; 4:3-5; Apocalipsis 2:3).

Dios se regocija de tener sus testigos en este mundo dirigido por Satanás, en el cual todos sus derechos son prácticamente rechazados, aunque este sistema ya esté bajo Su juicio. Por el poder del Espíritu Santo podemos también ser testigos junto con aquellos que de corazón limpio invocan al Señor.

Tal testimonio puede traer consigo sufrimientos y persecución, como lo fue para el Señor Jesús y sus testigos, tales como Esteban (Hechos 7), Pablo (2 Timoteo 4), Juan (Apocalipsis 1), Timoteo, y para todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús (2 Timoteo 3:12). Es el precio que un “hombre de Dios” es llamado a pagar.

## Diez características morales y espirituales sacadas de 1 Timoteo 6:11-14

1) “Huye de estas cosas” (v. 11). El apóstol llama la atención sobre el



problema del dinero (v. 7-10, 17-19). Para poder ser un hombre de Dios se debe imperativamente **huir** del “amor al dinero” y de todo lo que esto implica. ¡Qué difícil prueba de fe en una sociedad en la cual el amor al dinero tiene tanta importancia! El cristiano debe **huir** también de la idolatría y de la fornicación (1 Corintios 10:14; 6:18), de las pasiones juveniles, tanto como del orgullo, la arrogancia y la falta de juicio propio (véase 2 Timoteo 2:22). Muchos creyentes, mezclados con cosas de las que deberían huir, no pueden resistir a la tentación.

2) Por el lado positivo, el hombre de Dios es **atraído hacia** un **Cristo** glorificado en el cielo, para poder seguirlo fielmente en este mundo en su camino de sufrimientos (Filipenses 2:5-13), y ser revestido de las características necesarias para ser buen testigo y soldado: “Pelea la buena batalla de la fe” (1 Timoteo 6:12).

3) La **justicia práctica** será uno de los resultados de este caminar, como lo leemos en el versículo 11: “Sigue la justicia...”. Un hombre de Dios honra los derechos de Dios y respeta lo que proviene del Dios Creador y Salvador. Esta justicia práctica está basada en la posición que Dios nos ha dado en Cristo (Romanos 5:1; 8:1; Filipenses 3:8).

4) La **piedad**, que viene después de la justicia, se caracteriza por

un caminar en el temor del Señor, delante de Dios, buscando y haciendo realidad su presencia en cada detalle de la vida. Tal actitud introduce a Dios en cada aspecto de la vida y del testimonio de un hombre de Dios. Al mismo tiempo hace que se parezca al Hombre que fue ungido por Dios. La piedad es entonces el reflejo moral de la revelación divina al hombre de Dios (1 Timoteo 3:16).

5) La **fe** es un resultado de la piedad. Es una fe práctica. El hombre de Dios ve las cosas como Dios las ve, como lo muestra Hebreos 11, el gran capítulo de la fe. El creyente es edificado por Dios; deposita en Dios su confianza y encuentra en él todos sus recursos.

6) El **amor** viene enseguida en esta lista, como en 1 Corintios 13: “La fe, la esperanza y el amor”. El hombre de Dios ha recibido una nueva naturaleza y puede responder prácticamente a esa naturaleza y al amor de Dios que ha sido derramado en su corazón (Romanos 5:5). Esta plenitud le da la capacidad de manifestar siempre y en todo lugar ese amor divino, como testimonio a Dios, hacia los creyentes, los incrédulos, o en la vida de familia.

7) La característica siguiente es la **paciencia**. Es la capacidad de “estar firmes” cuando las circunstancias son difíciles o adversas. ¡Cuántas veces tratamos de hacer valer lo que creemos ser nuestros derechos! ¿Pero qué de los derechos

de Dios? ¿No son más importantes? Serán mantenidos prácticamente por una actitud de paciencia.

8) El Señor Jesús es nuestro modelo perfecto en cuanto a la **“mansedumbre”**. Podemos aprender de Él, que vino para reinar y hacer valer los derechos de Dios, pero que fue rechazado en su camino de obediencia.

9) **“Pelea la buena batalla de la fe”** (v. 12). Ser un testigo de Dios y para Dios implica una constante lucha, no contra el pecado, o contra **“sangre y carne”** (Efesios 6:12), sino contra las asechanzas del diablo. Y tal vez tengamos también que luchar por la doctrina. Acordémonos que la vida práctica del creyente no puede estar separada de la sana doctrina.

10) Finalmente, esta lista de caracteres se termina con la expresión **“Echa mano de la vida eterna”** (v. 12). Timoteo había recibido la vida eterna en el momento en que creyó. Juan 5:24 afirma que todos los creyentes la tienen. Pero el deseo de Pablo para Timoteo, y para el **“hombre de Dios”**, es que goce verdaderamente de las cosas que Dios nos preparó en Cristo Jesús, quién es la vida eterna desde antes de la fundación del mundo. Un **“hombre de Dios”** vive para cosas que pertenecen a otro mundo, a la nueva creación, de la cual Cristo es la Cabeza y el Centro. Su interés está puesto en estas cosas, encuen-

tra en ellas un provecho personal y puede dar un testimonio fiel delante del mundo.

### Otro texto

El segundo texto en el cual encontramos la expresión **“hombre de Dios”** se encuentra en 2 Timoteo 3:10-17. En los versículos 1-9, Pablo describe los postreros días, días sombríos, en los cuales resplandece su propio ejemplo, lo que puede alentar a Timoteo para seguir el mismo sendero. Considerando esta segunda porción de la Escritura, encontramos varios paralelos con lo que acabamos de considerar anteriormente, pero también una progresión del mal. Otra vez podríamos hacer resaltar **diez** puntos importantes, aunque preferimos dejar esta labor a nuestro lector.

Estos versículos puedan ser también de aliento para los padres, para que inculquen a sus hijos la Palabra de Dios desde su más tierna edad. La inspiración, la precisión, la autoridad y la divinidad de las Sagradas Escrituras dadas por Dios son de importancia vital en un tiempo de ruina. La Palabra tendrá su efecto, fortaleciendo nuestra convicción personal y nuestro testimonio a la verdad, corrigiendo y enderezando nuestras sendas, y manteniéndonos en una vida de santidad y de justicia práctica.

A.E. Bouter

---

He aquí vino un leproso y se postró ante él, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme.

Mateo 8:2

---

Este, cuando llegó, y vio la gracia de Dios, se regocijó, y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor.

Hechos 11:23

---

Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores.

Isaías 53:4

---

Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre.

1 Timoteo 6:11

### Novedades

- **El volumen encuadernado** en rústica de los años 2020-2021 de la revista Creced está disponible. Véase el precio en página siguiente.
- A petición, también se le enviará la revista Creced por correo electrónico.

---

## Publicación de edificación cristiana Creced

---

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

**Suscripción:** La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

**Contacto:** Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio [www.creced.ch](http://www.creced.ch), o a través de la dirección de correo electrónico: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch).

Están a la venta los **19 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2020-21. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

**Precio** (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

### Medios de pago:

- PayPal: Si utiliza este medio, tendrá que introducir la dirección de e-mail: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch).
- Western Unión: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch), indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Unión.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euros en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

---

**Sitio web:** <http://www.creced.ch>

**E-mail:** [revista@creced.ch](mailto:revista@creced.ch)

---